

RESEÑA-ARTÍCULO

La traducción como transacción

**Sobre Fouces González, Covadonga (2011),
*La traducción literaria y la globalización
de los mercados culturales*,
Granada: Comares/Interlingua, 209 págs.**

Qué duda cabe la importancia crucial de la traducción en la cultura global de nuestro tiempo. No menor la repercusión de la traducción literaria en la constitución de los sistemas literarios del mundo, en concreto en las respectivas literaturas nacionales. Pero curiosamente, a pesar de su radical trascendencia e importancia en la explicación de los más diversos conformantes literarios, apenas se han generado ensayos exclusivamente dedicados al asunto en nuestra bibliografía (Vidal Claramonte parcialmente en España; Lefevere o Hermans a nivel internacional). Si es cierto que el aporte ensayístico sobre la traducción ha sido enorme desde los años 60, en las más diversas tradiciones epistemológicas y en los diferentes países, la perspectiva de los estudios de traducción literaria desde la creciente internacionalización de los mercados culturales en Occidente apenas ha sido visitada sino parcialmente por especialistas en traducción.

Las industrias de finales del siglo XX surgidas con la mundialización de la cultura (absorción multinacional del sector editorial desde los setenta) han generado un nuevo panorama ('mapa literario') que da buena cuenta de una circulación aparentemente democrática pero que, al calor del motor que la alimenta, resulta diametralmente dirigista y manipuladora. Se

trata de un nuevo control en el sector editorial generado por cuantas fuerzas cooperan en su dinamización, desde los emporios multinacionales ejerciendo su dictado en terceros mercados del mundo, pasando por los grandes eventos de la edición como son las ferias del libro mundiales, los medios de comunicación en tanto difusores de la buena nueva mundial, y dentro de estos con atención especial a la crítica literaria y el reseñismo como fenómeno servil a esos grupos empresariales a los que pertenecen, las más de las veces difíciles de discernir respecto de esas plataformas difusoras. Pero también cómplices serán los modos de distribución del libro, las grandes cadenas y superficies dedicadas a la venta, y cuantos aspectos atañen a su divulgación como premios, reconocimientos, etcétera. Todo un mercado mundial de bienes culturales de los más diversos ámbitos autóctonos, cuyas respectivas culturas se manifiestan como auténticos ‘travelling cultures’ —en palabras de Clifford—, y donde la traducción será algo más que árbitro o instrumento de dicha circulación: un espacio de creación de nuevas reglas de juego en la cultura de adopción, por lo que su presencia resulta esencial para esta globalización en marcha que atañe ya a todos los habitantes del planeta.

Covadonga Fouces, en su ensayo de reciente aparición, coge el toro por los cuernos y pretende llevar a cabo la cuadratura del círculo clarificando desde postulados sociológicos y epistemológicos el componente ideológico de tamaña circulación cultural en el mundo actual: mercado/globalización y traducción/transacción resultan pues tan indeslindables que aparecen unidos en la presente cultura global. Es tal el componente traductológico de la mercancía cultural de nuestro tiempo que en espacios lingüísticos como el nuestro en torno a una cuarta parte de lo ofertado anualmente viene dado desde la mano invisible del traductor; pero decir invisible no significa inocente, por cuanto como bien dice su autora no existe inocencia posible en el implacable modo de imposición de la

mercancía cultural (literaria) de nuestro tiempo, tanto que le confiere a este mecanismo la responsabilidad de impulsar, modificar y vehicular las más de las veces la tradición literaria respectiva por mucho que se quiera soberana y autónoma. Porque la globalización cultural y literaria significa precisamente eso: que no hay soberanía a salvo de cuantas operaciones mercantiles cruzan el amplio espectro del mundo actual, incluidas las literarias.

Lejos de pensarse la traducción, como en épocas pasadas, una operación meramente neutra, aséptica o todo lo más lingüística, hoy es coartada indeslindable de la circulación de la mercancía literaria en cualquiera de las tradiciones, incluidas las más poderosas como pueda ser la nuestra que goza históricamente de buena salud. Porque el paso de un repertorio de una lengua a otra (como ocurre buenamente con el fenómeno del *bestsellerismo*) no sólo implica el deslizamiento significativo sino sobre todo simbólico y representativo en el flujo de legitimidad cultural de un sistema dominante a otro más débil o dominado, es decir, con el paso se produce la legitimidad económica que le transfiere el mercado pero sobre todo la ideológico-política que sustenta los valores de la cultura trasvasada, que es tanto como decir la/s cultura/s hegemónica/s de nuestro tiempo.

Sabedora de ello, Fouces despliega las más diversas fichas del puzzle de la cultura actual para recomponer el mosaico cultural que nos asiste, deduciendo el comportamiento neoliberal en el sector del libro de la sociedad poscapitalista en la que nos hallamos inmersos. Y, sobre todo, lo hace con el tiento de fundamentar sus argumentos en torno a los movimientos epistemológicos más audaces de las últimas cuatro décadas del siglo XX, dejando atrás aires (pseudo)cientifistas, y estrictamente lingüísticos, que tanto daño hicieron en décadas precedentes al tratamiento literario de la traducción, elevados a dogma de fe determinista por la comunidad científica internacional.

Bajo el objetivo de reconstruir los (fuertes) lazos entre traducción y mercado, Fouces acude al pensamiento de brillantes teóricos herederos del estructuralismo como el sociólogo Pierre Bourdieu quien le presta su bagaje sociocrítico y conceptos como el de ‘campo literario’, pero se servirá de la audacia de un Michel Foucault para retomar su concepción del poder reinstaurada en el asunto mercantil libresco que la reúne; interpreta a continuadores que han indagado por la brecha sociológica de la cultura libresca como Pascale Casanova; acudirá a semióticos ineludibles como Umberto Eco, a traductólogos como Venuti, a teóricos del poscolonialismo como Homi Bhabha, y a fuentes desconocidas en nuestra tradición pero que bien valen la pena como la noruega Siri Nergaard, además de otras heterodoxas fuentes de lo más variado como son las periodísticas actuales, revistas, entrevistas, Internet, etcétera —en lo que resulta un exhaustivo rastreo documental en torno al asunto de indudable valor para el debate actual—. Así, revisita teorías que le permiten catapultar su investigación desde los *translation studies*, incluyendo el *cultural turn*, la teoría de los polisistemas, la escuela de la manipulación, junto con una sarta de pensadores de la sociología y el poscolonialismo que agavillan el tinglado complejo de su tesis generando unos mimbres cargados de fundamento.

Teniendo como punto de partida los efectos causados primero por la hermenéutica de Gadamer en los sesenta, y casi coetáneamente a ese síndrome rupturista llamado post-estructuralismo, Fouces acude a unas visiones ya dinámicas y flexibles que superan la vieja dicotomía en la que había venido dada la traducción durante siglos (literal/sentido), dicotomía según la cual fue históricamente considerado el texto traducido en rango de dependencia o supeditación respecto al texto de partida. Entre lo más interesante en que se apoya serán los *translation studies* del ámbito anglosajón si bien tienen como origen la figura de Holmes, quien aboga por considerar la

capacidad subjetiva del traductor para producir un texto equivalente capaz de influir en la cultura de adopción; pero será simultáneamente la teoría de los polisistemas de origen israelí defendida por el profesor Itamar Even-Zohar, y arraigada con fortuna en sociedades multilingües europeas (en Bélgica gracias al profesor José Lambert), la que piensa desde aspectos sociológicos (contextuales, en teoría de la comunicación) la inevitable asunción de roles diferenciados en la traducción propios de una sociedad ya diferente como es la neoliberal y consumista de fines de siglo, por lo que todo autor muta en productor, lector en consumidor, y texto en producto a consumir, así como el contexto ahora serán las normas y convenciones sociales que sancionan no sólo la transacción entre lenguas sino muy especialmente el acto de acogida en la cultura receptora.

Es evidente que se deja de lado la vieja concepción estática de la literatura y se adopta una novedosa imperante en nuestro tiempo por flexible y dinámica, con lo cual la traducción ahora se antoja fuerza dinamizadora clave en la historia de la cultura, carente por su magnitud de toda restricción fronteriza: la globalización supone la prueba del nueve de la traducción al convivir en un mismo espacio, por flujos poblacionales constantes en busca de mejores condiciones de vida, las más diversas culturas y expresiones literarias en un magma cambiante y dinámico como nunca ocurriera a lo largo de la historia al menos de forma tan persistente: una auténtica babel sobre la que hemos cimentado nuestra civilización tecno-científica, y en la que los flujos discursivos literario-humanísticos se abren paso a dosis variadas de certidumbre.

Este espacio liminar de la cultura literaria de nuestro tiempo llamado traducción se nos antoja más sensible e importante de lo que a simple vista pudiera parecer: cuantas instituciones del mundo actual moldean su sentido a través de una traducción literaria con capacidad de influenciar a terceros mediante la

imposición de sus títulos en la cultura de adopción en la que se instalan. Por eso, no descuida a teóricos sensibles del componente sociológico como Holmes o Lefevere, quienes plantean que el sistema literario se fundamenta sobre los viejos pilares del mecenazgo que genera una inevitable *manipulación* en el caso que nos ocupa de la traducción. Si durante el Renacimiento era bien visible la importancia cultural de esta figura, hoy emerge desde instancias insertas en lo cultural mucho más sutiles como editores, gobiernos, medios de comunicación, etcétera, que patrocinan el acto mismo de la traducción para tiznarla de su propia ideología adscrita a las élites económicas o políticas desde las que parte. Una práctica, pues, social dependiente de factores tanto internos como externos que conforman la operación llamada traducción: una transacción no ya sólo lingüística sino también social, cultural, económica, política incluso, ideológica en suma.

Así, importar libros resulta una operación clave en la producción de un repertorio cultural en la literatura de acogida: componente mercantil y mercadotécnico, y dinamizador de roles profesionales de la cultura (traductores, crítica, profesores, etcétera). Es lo que, en clara apelación a Lefevere, Fouces denomina «mecenazgo poscapitalista» por actuar emporios de la edición (multinacionales) que ordenan y monopolizan el mercado y los respectivos mercados nacionales sobre los que imponen su soberanía: ello acaba siendo una auténtica «censura del dinero» por concentrar todos los poderes (económico, cultural, simbólico) en manos de los *nuevos amos del mundo* que a su vez generan una visión del mundo actual acorde con sus intereses. Más que pura anécdota, la traducción literaria se nos antoja un espacio *simbólico* y representativo culturalmente hablando clave en nuestro tiempo: lo que se traduce suele tener mayor o menor influencia en la cultura de adopción según su grado de desarrollo lingüístico-literario.

Dicha influencia sobre la literatura nativa en la que se enclava la traducción reportará un efecto de canonización de una determinada corriente literaria hegemónica (tal es el caso del *bestsellerismo* narrativo actual) constatando un *statu quo* dominante sobre el que se asienta y camina una tradición: el ‘canon’ resulta uno de los problemas acuciantes de la literatura occidental actual por revelarse un auténtico intento de autoafirmación frente a la diversidad periférica de escrituras que impugnan al viejo sistema jerárquico en que se fundó la filología allá en el XIX. Si históricamente la traducción ha sido mecanismo más que constatable de consolidación lingüístico-cultural de toda identidad cultural que se quisiera tal, tanto mayor cuando se entrevé en la actualidad como mecanismo de primera magnitud en la emergencia de formas de expresión artísticas dominantes en terceras tradiciones. Por eso, precisamente, ante esta indomabilidad del acto traductor, lejos de constituir un apéndice complementario del texto original se atisba hoy como *reescritura* de ese original en otra lengua, tradición, cultura y sociedad generando curiosas derivas en el sistema cultural dominante. En la línea de Pascale Casanova, Fouces piensa el *espacio literario mundial* en buena parte conformado por esa cultura de adopción, capaz de modificar el saber y las relaciones de poder de esa cultura. Es una lógica *neocolonial* si se quiere a causa de unos flujos lingüísticos y literarios que producen sus buenos réditos tanto económicos como ideológicos.

Uno de los principales motivos de uniformización de la cultura global actual es precisamente el ‘mecenazgo’ lefeveriano tenido lugar en nuestro tiempo mediante complejas maquinarias de mercadotecnia en que viene administrada la cultura a través de multinacionales que editan libros que a su vez vocean sus propios medios de comunicación bajo un amplio ramillete de estrategias persuasivas (publicidad directa, indirecta, encubierta, mediante ejercicio crítico, reportaje, entrevista, reseña, *tops*,

etcétera). Una ampliación del margen de beneficios, sumado a una demencial aceleración del tradicional circuito de producción/distribución/consumo entrando en competencia grandes cadenas con políticas agresivas de imposición, ha llevado a nuevas modalidades librescas como el *fast food* para consumo instantáneo: una literatura de *usar y tirar*, o la equiparación de la literatura con el resto de mercancías comerciales del mundo de hoy, en las que el consumo iguala a todos por igual. El resultado es un producto adocenado de fácil consumo y digestión. La connivencia ideológico-política de estas nuevas formas emergidas en la globalización con el sector político ha legitimado unas prácticas siempre excepcionales ahora reconvertidas en norma.

Desde la geopolítica, las cifras estadísticas traductoras hablan por sí mismas: más de la mitad de las traducciones del mundo tienen como lengua fuente el inglés, a la que le sigue el alemán y luego el francés: una suma total de tres cuartas partes provenientes de estas lenguas dominantes frente al resto de lenguas del mundo que apenas alcanzan un ridículo 25% restante. Se dirime aquí la construcción del inglés como verdadera 'lingua franca' del mundo, es decir, auténtico trampolín que permitiría catapultar traducciones en esa lengua a terceras culturas, bien que la autosuficiencia de ese idioma en la cultura que consume es inversamente proporcional a lo que impone en terceros mercados, es decir, apenas traducen (un insignificante 3%) literatura extranjera Inglaterra o EEUU. Una previa presencia editorial en el mercado anglosajón suele ser criterio preponderante para la compra de derecho de propiedad, y por tanto para su pertinente traducción en terceros mercados, de tal manera que esta posición de dominancia es transferida incluso en la composición de la cubierta o portada con extractos de frases reseñadas en revistas para destacar su repercusión mediática: es el apadrinamiento de la cultura que ejerce la tutela mundial en una simplificación manida entre traducción y éxito

o repercusión en el tercer mercado. En términos lotmanianos, explica Fouces, ello significa una construcción de la cultura periférica que pasa por el centro (lengua intermediaria). Por tanto, la traducción no sólo es un fenómeno mercantil de impor-/exportación cultural (en términos de macroeconomías mundiales) sino que en el fondo revela la paradójica ley de que a mayor importación cultural mayor inestabilidad (las culturas y lenguas minoritarias que traducen en exceso ceden soberanía identitaria), así como por contra cuanto más exporta mayor fortaleza exhibe (mayor capacidad de dominancia internacional).

Fouces analiza con cifras la traducción en países de la cuenca mediterránea como Italia (uno de cada cuatro libros): incluso su potencia cultural viene sobrepasada por una dependencia de modelos de producción como es el caso del *bestsellerismo* a través de la traducción. A continuación lleva a cabo un minucioso análisis de los diversos tipos de *bestsellers* existentes en el mercado actual: los que responden a una lógica meramente «industrial» por su componente popular, los que responden a una lógica propiamente dicha de *bestsellers* auténticamente «previsibles» por ser puestos en marcha por la propia lógica industrial que fabrica el éxito (autores de éxito previsible por sus dotes literarias), los que responden a un éxito inesperado al romper toda lógica y erigirse en moda; y Fouces encuentra otras variantes como las novelas de misterio psicológico (a través de violencia social o de terror) o las melodramáticas; pero también existe el *bestsellerismo* de *thriller* o novela negra con aspectos detectivesco o policíacos propios de la cultura norteamericana. Al éxito masivo de esta literatura es cierto que contribuye la instalación desde finales del siglo XX en una narrativa contemporánea postmoderna cuya característica principal quizá será atenuar las diferencias entre alta y baja cultura (elitismo/popularidad), a lo que cabe añadir un oportuno lavado de cara de la traducción para hacer más popular/legible/sencilla la edición si cabe en el tercer mercado en una «domesticación»

lectora con objeto de empatizar con el lector medio, y generar problemáticas por lo general ubicadas en épocas pasadas y de alto interés histórico por lo que vienen aderezadas por su trasunto misterioso (ya sea la historia central del cristianismo, ya la lucha de los templarios u otras órdenes de carácter secreto), y quedar tiznadas por la mano del escritor de buena dosis de ideología neoliberal dominante (lo políticamente correcto): estética adobada para el populismo de las masas, podríamos sentenciar. Ahí están para demostrarlo unos pocos ejemplos ilustres: *Los pilares de la tierra* de Ken Follett, *Los hijos del Grial* de Peter Berling, *El Código da Vinci* y *Ángeles y Demonios* de Dan Brown, por poner unos cuantos. Las estrategias de traducción pasarán evidentemente por acentuar estos aspectos en la cultura de adopción. Finalmente podremos concluir que (como el dilema de si fue antes el huevo o la gallina) el *bestseller* se limita a cumplir con unas determinadas expectativas lectoras del público.

Fouces analiza las listas de libros más vendidos (a principios de siglo) de los medios de comunicación (periódicos, revistas especializadas), nacidas a fines del XIX en Norteamérica, augurando el éxito frente a los libros desaparecidos y por tanto condenados a su inexistencia. La posible inscripción de una novela en su *top* asegura el éxito masivo, y por tanto se erigen estos en poderosos oráculos (canonizadores de nuestro tiempo) de lo que hay que leer. Es el tributo a una aplastante lógica mercantil, el conformismo económico de nuestro tiempo (porque aunque los gustos lectores vayan por otro lugar imponen el que será definitivo en una feliz convergencia): listas de libros que las más de las veces son encargadas a empresas del sector que trabajan meramente el ámbito cultural del consumo, obligando a una lógica de sinergias intercambiables entre roles como libro, autor, editor, librero y público en una apabullante simplificación. Ninguno de estos libros suele poseer aspectos innovadores de lenguaje o forma. Se focaliza el centro

de atención sobre el autor o persona que cobra *royalties* o derechos de autor que no sobre la verdadera esencia del acto lector que es el libro, en un perverso desvío del centro de atención sin retorno al punto de origen que da sentido a toda operación lectora. Los suplementos culturales en nuestro país ni siquiera disimulan el acto publicitario de reproducción de la portada del libro en cuestión que conforma su listado como forma de publicidad encubierta donde ejercicio crítico y mercantil se dan la mano.

De un cariz no muy distinto es el asunto de las campañas concretas lanzadas por editoriales a autor y libros que se prevén de amplia difusión, en momentos puntuales como navidades, día del libro, ferias respectivas, premios sonados, etcétera. Una tela de araña lo suficientemente potente como para envolver cuantos aspectos atañen hoy a la cultura y sus dividendos de manera que prestigio cultural y éxito de venta vienen unidos e incluso confundidos definitivamente.

Los agentes culturales involucrados serán los que sancionen (crítica, reseñas, instituciones de variado pelaje...) y determinen el grado de éxito del libro en forma de tirada y ventas, generando lo que llama Fouces *capital simbólico* al transferir su porción de prestigio del autor o editorial al público lector como si sobrara el contenido real del libro en cuestión, y en la que por asombroso que parezca el traductor también formará parte de esta operación al recibir en su porción correspondiente esa suerte de *carga simbólica*. La crítica literaria, históricamente desatenta a este mecanismo presentificador de cultura llamado traducción, suele obviarlo las más por ignorancia o incompetencia lingüística, e incluso por desconocimiento consciente del papel que cumple la vitalización del texto original, etcétera (basta un dato: apenas un 1,5% de alusiones al traductor o traducción forman parte de toda crítica, dice Fouces). Pero, como han ido progresivamente apuntando en los últimos años teóricos de la traducción contemporáneos, la literatura nacional

también se explica en su parte proporcional a través del ejercicio traductor, la canonización de la operación que se llevan entre manos a través de la implantación en la literatura nacional, etcétera.

Atenta a las estadísticas de estas 'listas de más vendidos', Fouces construye un 'mapa europeo' con el que establecer los flujos de internacionalización de la literatura de consumo masivo a través de un amplio muestrario de estas listas en países que geográficamente denomina semiperiféricos, mediterráneos como Italia, España e incluso Portugal, a los que añade otros centrales como Francia, Alemania y Reino Unido, a más de Irlanda. Un muestrario que permite atisbar las trayectorias de traducciones literarias de autores que figuran en las listas de más vendidos alcanzando *visibilidad emergente* en países de origen y que circulan por Europa: es decir, países de mayor acogida de literatura traducida generando *objetos simbólicos* culturales. La influencia de la traducción inglesa en nuestra lengua gira en torno al 13% del total, y el lugar que alcanza el *bestseller* inglés en la producción editorial española resulta muy alta (17%), a la que le sigue el *bestseller* francés (casi el 3%), el alemán (1,5%) y luego el italiano (1,2%).

Italia es un país que posee una alta tasa de literatura traducida (más del 50% del total de lo editado), de la que el 59% procede del inglés, el 11% del francés, el 7% del español y portugués. Los italianos muestran un gusto desmedido (a diferencia de los españoles o los franceses que exhiben autarquía en el modo de leer su propia tradición de manera mayoritaria) por leer literatura extranjera, preferentemente inglesa: Italia es un perfecto caso de país culturalmente colonizado por la cultura anglosajona; una colonización por parte de las estructuras editoriales multinacionales de raigambre americana. Como dice Fouces, la traducción juega un papel central en el *polisistema literario* italiano a juzgar por estas cifras y por el comportamiento lector. Un fenómeno creciente de esta deriva

pervertida de los mercados ocurre, a decir de Fouces, en buena parte de los *bestsellers* nacionales italianos cuya autoría se corresponde con profesionales de sectores ajenos a la escritura de ficción narrativa pero que son mediáticos, en especial personajes televisivos que aprovechan la coyuntura de su fama para publicar *merchandising*. Desde el inicio de la televisión privada, con el consecuente monopolio de *Mediaset* sobre todo en el panorama cultural italiano, y teniendo como epicentro el grupo editorial *Mondadori*, el panorama literario nacional se ha empobrecido rindiendo pleitesía, tanto editorial (publicación) como crítica (literaria en los suplementos literarios y culturales del grupo) a productos con vocación de entretenimiento (por lo que la ligazón entre libro y televisión es absoluta). No son pocas las editoriales que ven reducida su oferta de ficción a los *bestsellers*, la mayoría de origen anglosajón y precedidos de éxito en el mercado americano, e incluso avalados por versiones fílmicas hollywoodienses, lo cual es tanto como decir que el mundo editorial italiano ha dejado de arriesgar hasta puntos de indecencia yendo a lo seguro para aumentar sus balances comerciales (Fouces, 2011: 182).

Bien distinto de este análisis resulta el ámbito literario en lengua portuguesa, por abundar más los libros de autoayuda que de ficción, en todo caso la llamada paraliteratura. Apenas unos pocos escritores de prestigio traspasan las fronteras nacionales y gozan del favor del público en terceros idiomas (el caso del Premio Nobel José Saramago o Paolo Coelho, con proyección internacional en los tres idiomas más destacados culturalmente: francés, alemán e inglés; por detrás están António Lobo Antunes, Miguel Sousa, Mario de Carvalho). Y entre los éxitos nacionales se cuentan libros de sexólogos, dietistas, psiquiatras y psicólogos (libros de autoayuda), humoristas televisivos y periodistas. Entre la literatura extranjera con presencia se cuentan *bestsellers* o éxitos momentáneos como Rowling, Michael Cunnigham, Coetzee, Kawabata,

Kértéssz, Tamaro, Vizinczey, novela sentimental y literatura con tintes femeninos (Fouces, 2011: 182).

El que en las listas de libros más vendidos británicos no figuren apenas extranjeros de terceras lenguas, y todo lo contrario que la cultura italiana traduzca mucha narrativa anglosajona sin tener reciprocidad, significa a las claras el cariz del asunto por nutrirse de su propia producción la cultura anglosajona. Casi lo mismo podríamos decir de España (a excepción de Javier Marías a quien se le ha llegado a catalogar estéticamente como autor inglés).

Respecto al mercado español Fouces afirma que se muestra activo al exportar a los países europeos a través de la traducción lo que son ya grandes éxitos en casa. Pero el mercado lingüístico español es mucho más amplio por ser la puerta de acceso a Europa de la literatura en esa misma lengua de Hispanoamérica: Los libros de Isabel Allende son repetidos *bestsellers* en diferentes países de Europa. Sin embargo, tanto el mercado lingüístico italiano como portugués se muestran pasivos por tener una alta presencia de libros traducidos (en ocasiones llegando al 50% del total de la literatura publicada o incluso más), al tiempo que son mercados incapaces de la internacionalización de los propios escritores nacionales con una visibilidad consolidada en casa (Fouces, 2011: 183).

Todos estos países, y otros muchos, tienen en común la emergencia de productos *kitsch* de la globalización comercial, saturando las librerías europeas con la llamada *world fiction*, cuyos autores pueden ser italianos, indios o ingleses igual que americanos, y adoptan como natural forma de expresión la fácil y rápida circulación planetaria mediante la activación simultánea de mecanismos traductores de éxito instantáneo desmedido, al venir dado su contenido *desnacionalizado* para evitar riesgos inútiles de comprensión. Ejercen en muchos de estos mercados un atractivo desmedido los patrones que imponen los Follet, Grisham, Allende, etcétera, en sus respectivas tradiciones,

bautizados en el mercado en sus respectivas *traducciones* en lo que llama Fouces —apelando a Venuti— *transparentes* (eliminando toda variante dialectal con objeto de alcanzar su objetivo de la estandarización lingüística, que es tanto como decir su uniformización receptora). Fouces llega a decir que este fenómeno alcanza a los medios audiovisuales siempre que una novela es llevada al cine, reduciendo así sus posibilidades interpretativas en aras de una univocidad sin equívocos. Pero el fenómeno es más complejo que esto al ocurrir simultáneamente una ampliación de redes económicas multinacionales que generan una cultura literaria uniformemente global al tiempo que en un mismo espacio se gestan diferencias culturales; es lo que se ha dado en llamar *glocalización*: localismo al tiempo que globalización cultural.

Por otra, la dinámica en la que se mueven todos estos libros nacionales es bien significativa; los españoles, hacia la cultura francesa en primer lugar, seguida de la alemana, y a la que no llegan los más de los escritores prestigiosos nacionales. El *modelo francés* es la referencia para la literatura hispanoamericana pues al asegurarse una traducción en dicha lengua tienen garantizada en buena parte la presencia en otras culturas europeas. (Resulta curioso que para escritores más jóvenes la traducción sea más bien al alemán). En Italia ocurre lo mismo, primero al francés seguido del alemán, y el inglés en tercer lugar a distancia. En Portugal la traducción de los escritores nacionales no es amplia pero también se practica por este mismo orden a estas dos lenguas continentales (antes citadas), seguido del inglés.

De ello se deduce que el mercado más permeable a la traducción de obras extranjeras es el italiano y en su polo opuesto (el más impermeable) el inglés. Alemania se ubicaría en una posición intermedia. Todo ello le lleva a Fouces (2011: 190) a concluir —en la estela de Even-Zohar y de Susan Bassnett— que la traducción resulta un factor clave en el desarrollo histó-

rico de las naciones europeas (tanto en el ya lejano XIX que ellos identifican como en la situación presente). Toda literatura en situación de transición, ya sea expansiva ya renovadora ya pseudorevolucionaria, tiene en la traducción su gran oportunidad. Por contra, cuando una cultura se halla sólidamente cimentada en una posición que podríamos llamar imperialista, o dominante, la traducción apenas le afecta reduciéndose a espacios anecdóticos en su seno. Sería el motivo por el que Alemania, tras la caída del Muro de Berlín, a partir de 1991, en pleno proceso de expansión europea y de transformación de sus relaciones con la órbita del Este, traduce mucho; todo lo contrario, Gran Bretaña apenas traduce tras la Segunda Guerra Mundial una vez asentado su idioma como *lingua franca* de la diplomacia y del comercio internacional como corresponde a una posición hegemónica que Fouces llama *hiper-central*. Sin embargo, el francés que lo había sido hasta entonces durante la primera mitad del siglo XX, por inercia mantiene su poderío al haber sido lengua de diplomacia y conservar París la capitalidad cultural desde el siglo XIX hasta entrados los años sesenta, con lo que su *poder simbólico* se proyecta al siglo XXI sin mayores problemas. Si el *modelo francés* se muestra bien presente hasta 1991, el *modelo alemán* —dice Fouces— lo hará a partir de esa fecha (lo cual da buena cuenta de la hegemonía alemana tras la caída del Muro de Berlín), convirtiéndose, como vemos en la crisis económica actual, en motor cultural también europeo. La Feria por antonomasia del libro de Frankfurt da buena cuenta de ello, donde los grupos editoriales multinacionales transaccionan/negocian/mercadean derechos de autor de manuscritos a traducir en terceros mercados, en una vitalidad singular, y asistidos por las sacrosantas reglas de juego del neoliberalismo, especulación financiera en torno a grandes marcas (de autores y editores) incluida. Pues bien, la traducción como mecanismo cultural privilegiado de nuestro tiempo en lo que podríamos considerar toda una transacción: económica, por supuesto, pero

no menor su validez *simbólica* o *representativa*, y por ende ideológica del mundo que habitamos.

De todo lo cual se deduce que la singularidad del presente ensayo reside en la conjunción de temáticas tan vigentes y estrechamente vinculadas en el mundo global actual que lo hacen inédito en nuestra bibliografía. Un monográfico sin duda exhaustivamente documentado desde escuelas y teorías traductológicas audaces del final de siglo, apoyado en toda clase de aparato teórico procedente de la semiótica, de la sociología y del pensamiento. No es poca labor la que desvela en su ensayo Covadonga Fouces a lo largo de estas páginas, y no poco el debate que abre, tan necesario en estos momentos por impugnar una realidad de todos los días y denunciar en voz alta prácticas de circulación y traducción existentes en el mercado mundial de la edición.

Algunas objeciones parciales a su método empleado, en especial en la cartografía de listas de libros más vendidos que ofrece, son por ejemplo el motivo peregrino por el que se ciñe a fechas concretas de 2003/04 e incluso parcialmente dentro de este periodo; es de suponer, y parece bien evidente a tenor de los hechos, que el resultado de las tablas que maneja no cambiarían sustancialmente gran cosa de hacerlas extensibles a todo el arco cronológico de lo que llevamos de siglo: al menos a uno le sirven como síndrome de lo que lleva ocurriendo desde finales de los ochenta. Pero llama la atención cómo la lista se basa en el autor y no en la obra publicada en cuestión que goza de ese estatus, por lo cual resulta al lector interesado difícil de hallar su correspondencia de no ser que indague en Internet, porque aunque los listados canonizadores de libros más vendidos ciertamente se basen en sus autores, lo verdaderamente primordial son las obras que publican: lo contrario es hacer el juego a quienes propugnan esos mismos efectos canonizadores.

Por otra, cuando dirime la cuestión mediática de premios literarios europeos se echa en falta una reflexión de mayor calado de nuestro Premio Planeta, o incluso de otros como el Nadal finalmente caído en garras del mismo grupo mediático, por condensar todas las esencias de lo criticado. Por seguir con estos razonamientos, hubiera sido útil apurar la reflexión sobre el modo en que las versiones filmicas incentivan la venta de la novela en que se basan por ser uno de los grandes lugares cómplices del mercadeo en estos momentos: Hollywood como máquina incentivadora de lectura por reflujo, al tiempo que las respectivas tradiciones filmicas que versionan su repertorio literario.

Señalar también que a lo largo de sus páginas existen ciertas incómodas erratas tipográficas que generan en algún momento erróneas interpretaciones, la más llamativa quizá la que induce a pensar que Galdós ganó el Premio Nobel de Literatura (pág. 17, cuando es de suponer que falta la partícula negativa). Alguna que otra falta, comas incómodas que mejor no puntuar, e italianismos bien visibles afean muy de cuando en cuando la edición. A este respecto, temáticamente hablando, no en vano parece por momentos un ensayo de factura italiana, por tener en buena parte de los datos referidos a la cultura italiana como epicentro, pero si tenemos en cuenta la formación y dominio de esa cultura por parte de su autora entendemos el motivo perfectamente. Aun con deducciones diluidas a lo largo de la investigación, en la segunda parte del ensayo, más en concreto las conclusiones a las que llega Covadonga Fouces, se nos antojan el motivo generador de la investigación que no propiamente un punto de llegada como debiera ser ese capítulo final, a tenor de todos los datos y argumentos desplegados a lo largo de los capítulos precedentes.

Lo dicho, un ensayo crucial en el actual estadio de la cultura multinacional de nuestro tiempo, cuya tesis es minuciosamente demostrada a lo largo de las hipótesis trazadas en el mismo. Si ya sabíamos que no hay ética sin estética, tampoco existe literatura sin ideología, por lo que este ensayo supone todo un

bofetón en las manos aparentemente blancas del mercado, con una capacidad crítica de levantar la piel del estado de la cuestión difícil de ver en la bibliografía crítica al respecto: unas ampollas difíciles de cauterizar para la maquinaria cultural de nuestro tiempo. Es deseable que esta convicción se siga expandiendo desde este lugar en futuros trabajos. Sin duda debería ser un trabajo de obligada lectura en toda Facultad de Traducción o licenciatura respectiva para romper el mito inocentón con que se tropiezan los futuros profesionales de que el lenguaje es algo inocuo y transparente como dos gotas de agua, perfectamente manejable en el traslado lingüístico. Este libro es de una valentía crítica pocas veces presente en la academia al indagar en aspectos cruciales de nuestro tiempo cultural, incómodos para una Universidad revestida con poderes economicistas y validando las buenas nuevas del mercado. A juzgar por las estrechas y nada casuales connivencias entre mercado y cultura que nos cuenta Fouces en el sector de la traducción, desenmascarar las fuerzas que legitiman las transferencias de sentido resulta más urgente de lo que pareciera. Un estudio destinado a ser referencia obligada en la bibliografía crítica de la globalización traductológica de nuestro tiempo.

Virgilio Tortosa
Universidad de Alicante